



**Orden de Agustinos Recoletos**

**Comisión  
del proceso de  
revitalización  
y reestructuración  
de la Orden**

**Documento 4**

**Roma  
Enero de 2012**

# **La Nueva Evangelización y el proceso de reestructuración de la Orden de Agustinos Recoletos**

*«Nueva evangelización es sinónimo: de renovación espiritual de la vida  
de fe de las Iglesias locales,  
de puesta en marcha de caminos de discernimiento  
de los cambios que están afectando la vida cristiana en varios contextos  
culturales y sociales,  
de relectura de la memoria de la fe,  
de asunción de nuevas responsabilidades  
y energías en vista de una proclamación gozosa  
y contagiosa del Evangelio de Jesucristo»  
(Lineamenta nº 5)*

## **Documento 4**

**Contenido:**

1. Introducción
2. Orígenes y desarrollo del concepto
3. Los cambios culturales y sociales
4. El encuentro con Jesucristo, punto de partida de la nueva evangelización
5. La Iglesia, lugar en el que es posible el encuentro con Jesucristo
6. La Iglesia, sujeto de la nueva evangelización
7. La nueva evangelización y las misiones
8. La nueva evangelización y la pastoral parroquial
9. Nueva evangelización y pastoral educativa
10. La alegría de ser discípulos misioneros
11. Para la reflexión y el diálogo comunitario

## **La nueva evangelización y el proceso de reestructuración de la Orden de Agustinos Recoletos<sup>1</sup>**

### **1. Introducción**

Presento a los hermanos esta reflexión sobre la nueva evangelización<sup>2</sup>. La he realizado a petición del Prior General de la Orden en el contexto del proceso de reestructuración a la que ha urgido el último Capítulo General. La reestructuración de la Orden no es un proceso meramente administrativo, sino de renovación desde el interior, que tendrá sin duda, manifestaciones administrativas y repercusiones formales, pero que tiene raíces eclesiales que tocan nuestra identidad personal cristiana y religiosa. Una de ellas es la proyección misionera y evangelizadora del cristiano y de la Iglesia en su conjunto. La convocatoria a una nueva evangelización es una llamada a renovar la identidad eclesial desde la raíz más profunda de la razón de ser de la Iglesia: el anuncio de Jesucristo. Pero esta convocatoria a la nueva evangelización no es tampoco una llamada a realizar una tarea meramente administrativa. La nueva evangelización echa raíces en la experiencia personal de fe, que llamamos el encuentro con Jesucristo. Por lo tanto, el objetivo final de la reestructuración de la Orden, en su raíz, es una llamada a la renovación personal en la fe, en el compromiso religioso, en la vocación sacerdotal, dentro del proceso de renovación eclesial que tiene como eje articulador la nueva evangelización.

---

<sup>1</sup> La Comisión del proceso de revitalización y reestructuración de la Orden de Agustinos Recoletos ha encargado a Mons. Mario Alberto Molina, o.a.r. (Arzobispo de Los Altos, Quetzaltenango – Totonicapán), la redacción de este documento y lo propone a todos los religiosos para su reflexión personal y comunitaria

<sup>2</sup> Para elaborar esta reflexión me he servido de los *Lineamenta* para la preparación de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que tendrá lugar en octubre de 2012, y cuyo tema es también el título de los *Lineamenta: La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*. Hago una selección y adaptación de algunos temas sobre el asunto de la nueva evangelización. También recurro, de modo subsidiario, al Documento Conclusivo de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrado en Aparecida, Brasil, en mayo del año 2007. De este modo esta reflexión divulga entre los miembros de la Orden la reflexión con que la Iglesia prepara la próxima asamblea del Sínodo y por otra nos motiva a sentir con la Iglesia en esta propuesta pastoral.

## 2. Orígenes y desarrollo del concepto

Se debe hacer notar, que la convocatoria actual a la nueva evangelización tiene unos antecedentes importantes. El papa Juan Pablo II introdujo la expresión en el vocabulario pastoral contemporáneo. Al parecer la primera vez que la utilizó fue durante su primer viaje a Polonia, en la misa en el Santuario de la Santa Cruz, el 9 de junio de 1979. Con motivo del milenario de la evangelización de Polonia, la erección de una nueva cruz era para el Papa una señal de que “en esta nueva época, en las nuevas condiciones de vida, vuelve a ser anunciado el Evangelio. Se ha dado comienzo a una nueva evangelización, como si se tratara de un segundo anuncio, aunque en realidad es siempre el mismo” (*Lineamenta*, 5, nota 11). En esta frase del Papa ya se expresan los elementos esenciales del sentido de la expresión “nueva evangelización”. Se trata de anunciar el mismo Evangelio de siempre en las nuevas condiciones culturales y sociales del mundo contemporáneo.

La novedad de la *nueva* evangelización no está en el Evangelio, que sigue siendo el mismo, sino en las condiciones sociales y culturales que han cambiado y que exigen una nueva manera de proponer el Evangelio. Las personas que vivían en las antiguas condiciones sociales y culturales habían sido evangelizadas y ellas habían dado a la propia cultura y a las formas sociales una impronta cristiana. En la transformación de las condiciones culturales y sociales se perdió la impronta cristiana porque las personas gestoras de esas nuevas condiciones sociales y culturales habían perdido el sentido de la pertinencia de la fe. Ahora se trata de volver a proponer a esas personas que viven en las nuevas condiciones sociales y culturales la fe cristiana. ¿Por qué? Porque los que somos creyentes estamos convencidos y tenemos experiencia de que la fe es una oferta de vida y esperanza que no podemos guardar para nosotros mismos sin quererla compartir.

A partir de esa mención casual de la idea de una nueva evangelización, el papa Juan Pablo II comenzó a elaborar el concepto. Al dirigirse a los obispos latinoamericanos reunidos en Santo Domingo para la XIX Asamblea del CELAM el 9 de marzo de 1983 evocó la celebración próxima del quinto centenario del inicio de la evangelización de América en 1492. En ese contexto urgió una nueva evangelización. “La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestro presbiterio y fieles; compromiso, no de reevangelización, pero sí de una evangelización nueva. Nueva en su ardor, en sus métodos, en su expresión.” La novedad, quedaba claro una vez más, no estaba en los contenidos.

Es significativa la contraposición que se hace entre los términos “reevangelización” y “evangelización nueva”. Reevangelización supone una descalificación de la primera evangelización, como si no hubiera sido válida, como si no hubiera surtido efecto. El proyecto de una nueva evangelización no implica un juicio sobre la primera evangelización. La nueva evangelización más bien implica una toma de conciencia de que las personas que viven en las nuevas condiciones sociales y culturales requieren que se les proponga de nuevo el evangelio. Aunque se soslaya la mención de las nuevas circunstancias culturales y sociales que la reclaman, el Papa subraya tres

aspectos que la deben caracterizar: el nuevo ardor de los evangelizadores, animados por motivaciones, fuerzas y visión para emprender la tarea; los nuevos métodos de propuesta del mensaje evangelizador (quizá el Papa piensa en la utilización de los nuevos medios de comunicación social); las nuevas expresiones para hacer pertinente el mensaje evangelizador en las nuevas condiciones sociales y culturales.

El mismo papa Juan Pablo II, en la encíclica *Redemptoris missio*, del 7 de diciembre de 1990, propone la idea de una nueva evangelización a la Iglesia universal. “Hoy la Iglesia debe afrontar otros desafíos, proyectándose hacia nuevas fronteras, tanto en la primera misión *ad gentes*, como en la nueva evangelización de pueblos que han recibido ya el anuncio de Cristo. Hoy se pide a todos los cristianos, a las Iglesias particulares y a la Iglesia universal la misma valentía que movió a los misioneros del pasado y la misma disponibilidad para escuchar la voz del Espíritu” (RM, 30, en *Lineamenta*, 5). En este caso, es clara la diferencia entre la nueva evangelización y la primera misión, dirigida a los que nunca han oído hablar de Cristo.

La nueva evangelización tiene como destinatarios a aquellos pueblos y personas que, portadores de una cultura de raíces cristianas, se han distanciado de esa raíz, se han alejado de la fe y de la Iglesia, aunque quizá conservan algunos elementos (prácticas, nociones) de origen cristiano. Por otra parte se señala claramente la raíz espiritual del proyecto. Quienes emprenden la nueva evangelización deben hacerlo como resultado de una escucha a la voz del Espíritu.

Esta propuesta para la Iglesia universal quedó recogida de un modo singular en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en Aparecida, Brasil en mayo del 2007. La Conferencia convocó a las Iglesias particulares del Continente a una “misión continental”, que implica una renovación de personas, estructuras y métodos en cada una de las Iglesias, parroquias, institutos religiosos, movimientos y asociaciones para asumir los retos de los cambios culturales, sociales, económicos y políticos en los que estamos inmersos, y proponer de nuevo el evangelio a aquellas personas que se han alejado de la fe y de la Iglesia. Los mismos *Lineamenta* que se proponen como preparación para la próxima asamblea del Sínodo identifican explícitamente la propuesta de Aparecida como un antecedente regional para lo que pretende ser ahora una propuesta universal: “Como algunas Iglesias locales se empeñaron en afirmar, es tiempo que la Iglesia llame a las propias comunidades cristianas a una conversión pastoral, en sentido misionero, de sus acciones y de sus estructuras” (*Lineamenta* 10. Al pie de página se hace referencia al Documento de Aparecida, 365-370).

El uso de la palabra “estructuras” en este párrafo de los *Lineamenta* nos muestra de qué manera el proyecto de “reestructuración” de la Orden puede entenderse a la luz de la renovación del eje evangelizador y misionero tanto en el ámbito personal como en la dimensión eclesial comunitario.

### 3. Los cambios culturales y sociales

“La nueva evangelización es una actitud, un estilo audaz. Es la capacidad de parte del cristiano de saber leer y descifrar los nuevos escenarios, que en estas últimas décadas han surgido dentro de la historia humana, para habitarlos y transformarlos en lugares de testimonio y de anuncio del Evangelio” (*Lineamenta*, 6).

Los *Lineamenta* identifican seis aspectos o dimensiones sociales que requieren una especial atención para una renovada evangelización.

1°. El primero de ellos es el escenario cultural de fondo. Se destaca en primer lugar la profunda secularización de la sociedad, que consiste en el propósito de organizar la vida personal y social sin referencia a Dios o a la trascendencia. El estilo secularizado de vida ha permeado la vida incluso de las comunidades cristianas y hasta la vida consagrada. Al carecer de una referencia absoluta, se introduce como consecuencia el relativismo en torno a la verdad, en referencia al bien y respecto de la belleza. La consecuencia es una sociedad que no busca la verdad sino a lo sumo consensos mayoritarios, que renuncia a buscar un fundamento objetivo para las decisiones morales y asume como norma el arbitrio individual y propone el placer como sustituto de la belleza. Sin embargo este estado de la cultura hace que las personas sufran el vacío del sinsentido, que reclama una nueva propuesta del Evangelio como referencia trascendente de la existencia y como fundamento de la verdad y del bien.

2°. El segundo es el fenómeno migratorio. La migración se da tanto de las zonas rurales a las urbanas, como del país de origen a otro de adopción transitoria o permanente, por razones económicas o políticas. Este fenómeno migratorio provoca un encuentro y mezcla de culturas, que tiene como consecuencia el desmoronamiento de las referencias fundamentales, de los valores morales, de los vínculos identitarios. El resultado es un clima de extrema fluidez, dentro del cual se reduce el espacio para las grandes tradiciones, incluidas las religiosas, una de cuyas funciones de estructurar de modo objetivo el sentido de la historia y de la identidad de las personas. En este escenario, la propuesta de la nueva evangelización adquiere el cariz del diálogo intercultural, y es una propuesta que más allá de las peculiaridades culturales apela a la común naturaleza y dignidad humana como referente objetivo de la llamada trascendente de Dios.

3° El tercer fenómeno es el desarrollo de los medios de comunicación, que es la base sobre la cual se estructura el fenómeno de la globalización. El horizonte de referencias de las personas y las comunidades ha dejado de ser la propia comunidad local o nacional o incluso regional. En uno u otro aspecto la referencia es global. Los eventos deportivos son los que con más claridad muestran la evidencia del fenómeno, pues son acciones presenciadas en tiempo real y se convierten en ingrediente significativo para la vida de personas incluso en los lugares más remotos y distantes del lugar donde se realiza el evento. Pero esto que se hace evidente en el ámbito de los deportes es una realidad también en el área del comercio y las finanzas, de la política, de la producción industrial y del intercambio cultural y religioso. Junto a los beneficios indudables de esta interconexión, —por el intercambio de conocimientos, de solidaridad

y de bienes materiales y culturales—, se produce también una erosión de las perspectivas de las culturas locales, se pierde la capacidad de las relaciones interpersonales reales a favor de las relaciones virtuales, la vida se vive y se asume como un espectáculo para ser exhibido. Sin embargo la nueva evangelización exige la presencia de la voz cristiana en estas nuevas plazas públicas, estos nuevos areópagos, pues la propuesta evangelizadora cristiana lleva en su seno la semilla de la universalidad transcultural. El evangelio se concibió desde el principio como una propuesta válida para todas las naciones y todos los tiempos, porque se dirige al hombre en cuanto tal, idéntico en la naturaleza que subyace la diversidad de las culturas y grupos étnicos.

Junto a estos tres fenómenos sociales, los *Lineamenta* señalan tres ámbitos que requieren una peculiar atención:

1° La economía. La Iglesia ha denunciado constantemente los desequilibrios en el acceso y participación en los recursos como también en el daño a la creación. El Magisterio de la Iglesia ha señalado que es el descuido de los fundamentos éticos de la acción económica la causa de esos desequilibrios así como de la crisis económica global.

2° La investigación científica y tecnológica. Todos nos beneficiamos de los logros que proceden del desarrollo de los conocimientos científicos y de la tecnología. Nuestra vida es cada vez más dependiente de ellos. Por eso se convierten en especie de ídolo del que se espera la solución a todos los problemas y se achata el horizonte del conocimiento para dar por válido sólo lo que proviene de la ciencia y la tecnología. Por otra parte, se le concede a la tecnología el privilegio de ser territorio libre de todo criterio ético. Se acepta como bueno lo que produce la tecnología simplemente por su procedencia, porque se puede hacer, sin someterlo al criterio ético de su referencia al hombre y el beneficio o perjuicio que le acarrea. Sobre estos fundamentos se establecen los nuevos cultos de la prosperidad y la gratificación.

3° La política. En las últimas décadas ha desaparecido la confrontación en torno a ideologías económicas, capitalismo y comunismo, para dar lugar a nuevos protagonistas, como el resurgir del islamismo, la pujanza económica de los países asiáticos, la misma migración a otros países. Estas son áreas que requieren la iluminación del Evangelio para alcanzar nuevas formas de convivencia, la defensa de los derechos del hombre y de los pueblos, el empeño por el gobierno mundial y la paz.

Estas transformaciones cuestionan nuestra identidad y nuestra fe hasta sus raíces. Por eso requieren un repensamiento de la fe y una manera nueva de reproponer el evangelio. En esa perspectiva, “nueva evangelización” quiere decir trabajar en nuestras Iglesias locales para construir caminos practicables en medio de estos problemas y desafíos. La Iglesia se edifica aceptando confrontarse con estos desafíos. “Nueva evangelización” también quiere decir tener la audacia para formular la pregunta acerca de Dios al interno de estos problemas para abrir en ellos rutas de humanización y salvación para la humanidad.



#### **4. El encuentro con Jesucristo, punto de partida de la nueva evangelización**

El impulso a la tarea misionera de la Iglesia y a la nueva evangelización proviene del mandato que Jesús dejó como disposición final a sus discípulos y seguidores. Hay que transmitir el Evangelio. Pero el Evangelio es en primer lugar el mismo Jesús quien en su persona y con sus palabras y obras, sobre todo con su muerte y resurrección, es el iniciador del nuevo orden de cosas que se llama el Reino de Dios. El impulso misionero, desde el inicio, tiene como raíz el encuentro con Jesucristo y tiene como propósito hacer posible que otros hombres y mujeres logren también ese encuentro transformador. Según la frase feliz del papa Benedicto XVI en la encíclica *Deus caritas est*, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. (...) Y, puesto, que es Dios quien nos ha amado primero, ahora es el amor ya no sólo un ‘mandamiento’, sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro” (DCE, 1, citado en *Lineamenta*, 11)

¿Qué es el encuentro con Jesucristo? ¿Dónde se realiza? ¿Cómo se reconoce? La expresión “encuentro con Jesucristo” se utiliza ampliamente en el Documento de Aparecida, pero nunca se describe de manera específica su contenido, su identidad, su realidad. Tampoco los *Lineamenta* ofrecen ayuda. Pero es necesario intentar clarificar este concepto fontal, pues de otro modo las reflexiones de este fascículo pasarían de largo sobre un punto del que deben fluir tanto la nueva evangelización como la “conversión de las estructuras”.

Es obvio que con la expresión no se alude a ninguna experiencia visual o sensorial; el encuentro no se realiza por medio de una “aparición”. Pero la expresión “encuentro” alude a una vivencia que transforma el modo de entender la propia vida y proyectar su futuro. El papa Benedicto XVI, en la cita apenas referida, señala una cualidad básica del encuentro. Es una experiencia personal, es decir, está referida a la persona de Jesús, y no sólo a sus enseñanzas, al ejemplo de su vida o a las consecuencias históricas de su obra. En correspondencia implica a la totalidad de la persona que realiza la experiencia, y no sólo sus emociones o su pensamiento. Por lo tanto puede significar en algunos casos una ruptura, un giro o al menos una inflexión en la vida personal. Es una experiencia global, “que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.

Con estas dos expresiones se alude a dos consecuencias del “encuentro”. La persona de Jesús abre para la persona que lo encuentra un nuevo horizonte de referencias que le permite una renovada comprensión de sí mismo y del mundo. Normalmente la propia comprensión, el sentido de la propia vida, se realiza por medio de relaciones hacia el origen, hacia la meta, hacia el entorno en que nos toca vivir. Nos definimos inicialmente por la patria y familia de origen; esa es la identidad que recibimos. Pero también forjamos una identidad a través de la imagen que nos hacemos de nosotros mismos y de las acciones con las que la hacemos biografía. Nos

identificamos con los proyectos que pretendemos alcanzar en la vida. Nuestra identidad presente se articula a partir de las relaciones que establecemos con el entorno en que vivimos. El encuentro con Jesús tiene como consecuencia la revisión y replanteamiento de dichas relaciones vitales, al hacer de la relación con Jesucristo la relación personal principal y dominante, hasta el punto que se genera una nueva comprensión del sentido de la propia vida y su propósito. Por eso, la segunda consecuencia del encuentro con Jesús es la orientación decisiva que surge de dicho encuentro: es la respuesta a la pregunta de para qué vivir, para qué vale la pena vivir, cuál puede ser la referencia que dé a la vida la consistencia de modo que esa referencia se convierta en el motivo definitivo por el que valga la pena vivir. Ese motivo no puede ser sino una relación personal con el mismo Dios que nos sale al encuentro en Jesucristo.

Ahora bien, ¿qué es lo que se revela en el encuentro con Jesucristo? El encuentro con Jesucristo permite descubrir que la vida se sostiene en un amor que nos antecede y un amor que nos plenifica. Concluye el Papa con estas palabras: “puesto, que es Dios quien nos ha amado primero, ahora es el amor ya no sólo un ‘mandamiento’, sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro”. Es el descubrimiento de que la vida personal vale porque es referencia del amor divino y que la vida tiene sentido en la medida en que sea respuesta a ese amor que viene de Dios, quien nos amó primero. Es el descubrimiento de que al fin de cuentas no somos nosotros los que hemos encontrado a Dios en Jesucristo, sino que es Dios mismo quien ha salido a nuestro encuentro en Jesús.

Por lo tanto, el encuentro con Jesucristo se puede favorecer, pero no se puede provocar, porque es fruto de la gracia y del amor de Dios. Pero el encuentro con Jesucristo tampoco es una contingencia fortuita. En el corazón de toda persona hay una apertura al amor y a la búsqueda de sentido y consistencia que hace posible que al conocerlo, Jesucristo se convierta en referencia dadora de sentido y alegría.

“El objetivo de la transmisión de la fe es la realización de este encuentro con Jesucristo, en el Espíritu, para llegar a vivir la experiencia del Padre suyo y nuestro. Transmitir la fe significa crear en cada lugar y en cada tiempo las condiciones para que este encuentro entre los hombres y Jesucristo se realice. La fe como encuentro con la persona de Cristo asume la forma de la relación con él, de la memoria de él (en la Eucaristía) y de la formación en nosotros de la mentalidad de Cristo, en la gracia del Espíritu” (*Lineamenta*, 11). Esa experiencia es la clave de toda renovación personal, eclesial e institucional. Esa experiencia es la fuente de donde mana todo impulso misionero y evangelizador y todo esfuerzo de renovación eclesial o comunitaria.

## **5. La Iglesia, lugar en el que es posible el encuentro con Jesucristo**

El encuentro con Jesucristo es posible en el contexto de la fe de la Iglesia. Sólo en ella Jesucristo, un personaje del pasado, está y sigue vivo y se ofrece a sí mismo para encontrarnos y dejarse encontrar en una relación interpersonal. La Iglesia es la comunidad de creyentes, de aquellos que ya han experimentado el encuentro con

Jesucristo, y dan, con su vida, con sus palabras, con sus obras, testimonio de esa manera alternativa de plantearse la vida que surge del encuentro con él. La Iglesia es el fruto visible de la misión del Hijo. Si el contenido medular del encuentro con Jesucristo es el descubrimiento de Dios que nos amó primero, es porque la misma Iglesia surge de ese mismo impulso original del amor de Dios. La Iglesia es la forma visible del don del Espíritu, quien es fruto del misterio pascual de Cristo, enviado por el Padre como manifestación de su designio de amor. En ese sentido la Iglesia surge como mediación histórica de la misión de amor trinitario. No es la Iglesia la que tiene una misión que le ha venido como en un segundo lugar, como una tarea añadida, sino que la misión de Jesucristo enviado del Padre en el Espíritu crea la Iglesia como lugar de la realización histórica de esa misión. La Iglesia es por eso misionera en esencia y constitución y los cristianos en ella también.

En la Iglesia, Jesucristo sale al encuentro de los hombres en primer lugar en el testimonio de vida de fe, de esperanza y caridad de sus miembros. La santidad de la Iglesia, que se irradia en algunos casos de manera patente y excepcional, pero que muchas veces se irradia en la santidad cotidiana de muchos de sus miembros, ofrece una primera oportunidad para el encuentro con Jesucristo.

De modo específico, Jesucristo sale al encuentro de quienes quieren dejarse encontrar por él en la Escritura, —principalmente en los Evangelios—, leída en la Tradición viva de toda la Iglesia, bajo la guía del Espíritu Santo. La lectura litúrgica de la Palabra de Dios, su explicación a la luz de la celebración de la Eucaristía y los demás sacramentos, es lugar privilegiado del encuentro con Jesucristo en el seno de la Iglesia.

Jesucristo sale también al encuentro de los fieles en la celebración de los sacramentos. En el bautismo y la confirmación regenera a quienes se convierten a él y los hace participar del misterio pascual de su muerte y resurrección a la vez que los une más estrechamente a la comunidad eclesial por la actualización del acontecimiento de Pentecostés. En el sacramento de la penitencia la acción de Cristo misericordioso que acoge al pecador prolonga a lo largo de la vida del creyente la fuerza regeneradora del bautismo. En la celebración de la eucaristía Cristo sale real y verdaderamente al encuentro del creyente ofreciéndose como alimento de vida eterna, uniéndolo con él en un solo cuerpo y anticipando sacramentalmente el banquete eterno del cielo. Todos estos momentos celebrativos constituyen encuentros con el poder salvador de Cristo. Muchas veces estas celebraciones sacramentales están preparadas y se realizan en el contexto de expresiones de la religiosidad popular que crean el contexto religioso y espiritual que favorece la vivencia del encuentro sacramental.

Finalmente el encuentro con Cristo se realiza a través del testimonio de la caridad fraterna. Esto puede ocurrir de dos maneras. La persona puede encontrar y experimentar la misericordia de Dios en momentos de necesidad cuando se beneficia de la caridad de los hermanos. Pero también el creyente puede hacer del servicio al prójimo necesitado un acto de fe, por el que sirve al hambriento, al desnudo, al enfermo y al forastero sabiendo que al dar de comer, al vestir, al cuidar y acoger al pequeño necesitado, da de comer, viste, cuida y acoge al mismo Cristo.

## 6. La Iglesia, sujeto de la nueva evangelización

La Iglesia, es decir, el conjunto de los creyentes, cada uno según su carisma y su vocación en la comunidad, es el sujeto de la nueva evangelización. “La transmisión de la fe no es una acción especializada, que pueda ser adjudicada a algún grupo o a algún individuo expresamente designado. Es la experiencia de cada cristiano y de toda la Iglesia, que en esta acción descubre continuamente la propia identidad de pueblo convocado por el Espíritu, para vivir la presencia de Cristo entre nosotros y para descubrir así el verdadero rostro de Dios, que es nuestro Padre. (...) La transmisión de la fe, en cuanto es una acción fundamental de la Iglesia, estructura el rostro y las acciones de las comunidades cristianas. Para anunciar y difundir el Evangelio es necesario que la Iglesia promueva imágenes de comunidades cristianas capaces de articular con fuerza las obras fundamentales de la vida de fe: caridad, testimonio, anuncio, celebración, escucha y coparticipación” (*Lineamenta*, 12).

Estas afirmaciones acerca de la Iglesia son válidas también para las comunidades eclesiales tales como parroquias, institutos religiosos e incluso, guardando las debidas proporciones, las expresiones concretas de dichas instancias: la comunidad eclesial o religiosa local. Si la transmisión de la fe, que es el propósito de la nueva evangelización, se realiza propiciando en encuentro con Jesucristo; y si el ámbito propio para el encuentro con Jesucristo es la comunidad eclesial, entonces todos los miembros de la comunidad, desde el propio carisma y vocación están implicados en la misión y la tarea de transmitir la fe, de propiciar en las personas de su entorno el encuentro con Jesucristo. Una reestructuración comunitaria, entendida como redescubrimiento de las fuentes de donde surge su condición de eclesial, exige entonces el replanteamiento de su condición misionera y evangelizadora.

El texto inspirador de la vida monástica agustiniana, tal como lo recogen las *Constituciones* (2010), 15, es la actualización de la comunidad de los orígenes, en la que todos tenían todo en común, dirigían su corazón hacia Dios, perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, participaban en la fracción del pan y vivían unánimes en un solo lugar (Hc 2,42-47). El texto bíblico continúa diciendo que su testimonio era tal que cada día muchos se adherían a la fe y entraban a formar parte de la comunidad. Es decir, que siendo Iglesia, la comunidad y sus miembros se convertían en misioneros y evangelizadores. Ese fundamento carismático eclesial de nuestra comunidad es el vínculo entre los propósitos de reestructuración asumidos por la Orden en el Capítulo General y la nueva evangelización para la transmisión de la fe que es la propuesta urgida por el magisterio pontificio y episcopal como medio para la renovación eclesial. Dicho de otro modo, en la medida en que asumamos que nuestra existencia como comunidad religiosa es una forma de ser Iglesia, en esa medida la nueva evangelización como propuesta para la renovación de la Iglesia en general debe ser asumida por nosotros para sentir con la Iglesia y vivir a escala comunitaria de agustinos recoletos el proyecto de renovación eclesial al que hemos sido convocados.

En las páginas que siguen de esta reflexión propongo algunas ideas que se encuentran en los *Lineamenta* y que pueden ayudar a enriquecer desde la perspectiva de

la nueva evangelización las tres grandes áreas de la pastoral de la Orden: las misiones, la vida parroquial, la pastoral educativa.

## 7. La nueva evangelización y las misiones

El vocabulario teológico pastoral distingue entre misión y evangelización. La misión se dirige hacia quienes no han oído hablar de Cristo, se dirige a quienes no se identifican con el mensaje cristiano. Hoy día, y debido al proceso de la secularización, hay muchas personas que han acabado por romper todos los vínculos con la Iglesia católica, en el sentido, que ni siquiera hacen bautizar a sus hijos, aunque sea como cumplimiento de un rito social. Por supuesto que también quedan aún dos terceras partes de la humanidad que no saben nada de Cristo y su evangelio, y lo que puedan saber es parcial, distorsionado o simplemente erróneo.

La evangelización, por el contrario, se dirige a aquellos bautizados, que mantienen algún vínculo con la Iglesia, pero que no han sido suficientemente instruidos en la fe, que participan sólo ocasionalmente en alguna celebración religiosa de la religiosidad popular y muchas veces ni siquiera viven con la coherencia que se espera de un seguidor de Jesús. La “nueva evangelización” está dirigida principalmente a este círculo de personas que, a juzgar por su compromiso vital con la fe cristiana, constituyen la periferia de la Iglesia. Son personas que no rechazan a Dios, a Jesucristo o a la Iglesia, pero tampoco han sido motivados y guiados para acercarse para participar de manera más intensa en la experiencia de fe eclesial. Sin embargo, al hablar de la nueva evangelización, la Iglesia no descuida la misión *ad gentes* y propone algunos modos de abordarla. Es más, en realidad la frontera entre “misión” y “nueva evangelización” no es una línea clara y definida, sino una franja en la que los matices de una y otra preocupación pastoral se traslapan y se fecundan mutuamente.

Frente a una concepción de la misión como una campaña proselitista para ganar adeptos, el papa Benedicto XVI elabora un concepto misionero en torno a la figura del “atrio de los gentiles”. La frase hace referencia a la estructura más externa del templo de Jerusalén. De ese lugar Jesús expulsó a los vendedores que comercializaban productos para el culto y de ese modo impedían que el atrio cumpliera la función para el cual fue creado. Era un lugar donde los gentiles, las personas pertenecientes a los pueblos no judíos, insatisfechas de sus propios ritos y mitos se acercaban con respeto y cuestionamientos mentales y afectivos a ese lugar donde se tributaba culto al Dios de Israel. Jesús lo “desalojó de negocios ajenos a fin de que el lugar quedara libre para los gentiles que querían orar allí al único Dios. (...) De este modo se pensaba en personas que conocen a Dios, por decirlo así, sólo de lejos; que no están satisfechas de sus dioses, ritos y mitos; que anhelan el Puro y el Grande, aunque Dios siga siendo para ellas el ‘Dios desconocido’. Debían poder rezar al Dios desconocido y, sin embargo, estar así en relación con el Dios verdadero, aun en medio de oscuridades de diversas clases.” Y continua el Papa, tal como es citado por los *Lineamenta*: “Creo que la Iglesia debería abrir también hoy una especie de “atrio de los gentiles” donde los hombres puedan entrar en contacto de alguna manera con Dios sin conocerlo y antes de que hayan

encontrado el acceso a su misterio, a cuyo servicio está la vida interna de la Iglesia” (*Lineamenta*, 5).

De esa cuenta, la propuesta de la fe adopta el método de “dar razón de la fe”. Es necesario que cada cristiano se sienta interpelado por el mandato de Jesús de anunciar el evangelio a todas las naciones. En un momento en el cual la opción de la fe y del seguimiento de Cristo resulta menos fácil y poco comprensible, o incluso contrariada y combatida, aumenta la tarea de la comunidad y de los cristianos individualmente de ser testigos y heraldos del Evangelio, como lo hizo Jesucristo. El apóstol san Pedro nos invita a “dar razón”, a *dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza* (1Pe 3,15). Se trata, como cristianos, de aprender un nuevo estilo, de responder *con dulzura y respeto... con buena conciencia* (1Pe 3,16), con aquella fuerza humilde que proviene de la unión con Cristo en el Espíritu y con aquella determinación de quien tiene como meta el encuentro con Dios Padre en su Reino (*Lineamenta*, 16).

Un gran desafío es encontrar el lenguaje adecuado para hablar de Dios. En los casos más extremos de las personas inmersas en la cultura secularizada, la dificultad consiste en volver a despertar la sensibilidad hacia las preguntas que abren a la trascendencia. ¿Cómo hablar de Dios a quienes ni siquiera saben de “dioses”, porque la cultura ha excluido del lenguaje y la experiencia toda referencia trascendental? En la mayor parte de los casos, la dificultad proviene de las ideas falsas, erradas, confusas o inadecuadas que hay en torno al mundo espiritual, hoy día mezclado de psicologismo, astrología y el resurgimiento de la divinización del cosmos, en la forma de religiones supuestamente ancestrales y las diversas formas de neo-paganismo. Esta situación cultural ha tenido incidencia incluso entre personas que se consideran parte de la Iglesia; hay católicos cuyas ideas sobre Dios no corresponden a las propias del rostro del Padre de nuestro Señor Jesucristo.

De allí que el tema del “primer anuncio” se haya vuelto problemático. No todo el mundo entiende lo mismo cuando escucha o pronuncia la palabra “Dios”. Urge por lo tanto “buscar las formas y los instrumentos para elaborar reflexiones sobre Dios, que sepan responder a las esperanzas y las ansias de los hombres de hoy, mostrándoles cómo la novedad, que es Cristo, es, al mismo tiempo, el don que todos esperamos, al cual cada ser humano anhela como cumplimiento implícito de su búsqueda de sentido y de su sed de verdad. El olvido del tema de Dios se transformará así en una ocasión de anuncio misionero. La vida cotidiana nos mostrará dónde localizar esos ‘atrios de los gentiles’” (*Lineamenta*, 19).

## **8. La nueva evangelización y la pastoral parroquial**

La nueva evangelización se apoya y se desarrolla a lo largo del eje de la iniciación cristiana. La reflexión en torno a la transmisión de la fe en los nuevos contextos sociales y culturales ha concentrado la atención sobre los itinerarios de introducción a la fe y de acceso a los sacramentos. Estas actividades constituyen la médula y el grueso de la actividad parroquial. Por lo tanto, la renovación de la pastoral parroquial en torno al eje de la nueva evangelización tiene como línea guía la

renovación de los procesos de iniciación cristiana. El Documento de Aparecida dedica todo el Capítulo 6 al tema; se puede prever que la próxima asamblea del Sínodo y su correspondiente exhortación apostólica posterior convertirán las actuales brechas en caminos y algunas intuiciones del presente en principios pastorales de obligado cumplimiento para responder a las urgencias pastorales de los tiempos.

La atención se concentra en dos aspectos. Por una parte se nos urge a que tomemos conciencia de la articulación de los tres sacramentos de la iniciación, bautismo, confirmación y eucaristía. Hay que pasar de una visión singular que considera cada sacramento en su significado propio a una visión de conjunto que ve la relación que dichos sacramentos guardan entre sí, como actualizaciones del misterio pascual de Cristo y anticipo de la gloria del Reino, en los que el creyente participa al recibirlos. Por otra parte se nos urge también a vincular la recepción de los sacramentos con un itinerario de formación en la fe y la vida cristiana, que sin dejar de ser catequesis que conduce a la recepción de los sacramentos se trata de una formación que tiene como objetivo principal alcanzar el desarrollo y la madurez en la vida cristiana. Naturalmente todo el proceso catequético de iniciación en la fe tiene su fundamento en la experiencia del encuentro con Jesucristo. Si esta experiencia falta, la catequesis se convierte en aprendizaje de doctrinas, cuando debe ser esclarecimiento, ciertamente a través de la doctrina, de la experiencia de fe, de la experiencia eclesial, de la espiritualidad personal y la proyección en la vida familiar y social.

La reflexión y la práctica sobre este tema en muchas Iglesias particulares se miden ya por años. Las circunstancias históricas, sociales y culturales nos confrontan con la realidad de que más y más personas solicitan el bautismo como adultos; e incluso aquellos que fueron bautizados de niños, sólo como adultos solicitan a la Iglesia la formación en la fe y la realización del itinerario de la formación cristiana. De este modo, sin bien sigue en pie la tradición católica del bautismo de niños con todas las riquezas que conlleva, el modelo pastoral para la formación en la fe será cada vez más la iniciación cristiana de adultos, incluso para los niños bautizados en su infancia.

De allí la vigencia y actualidad del catecumenado, que el Concilio Vaticano II restableció como institución pastoral y que los libros litúrgicos posteriores estructuran y establecen. El catecumenado se ha diversificado en catecumenado pre-bautismal para los adultos que piden por sí mismos la admisión a la Iglesia y a la fe (recordemos que la ley de la Iglesia, en lo que se refiere a la recepción de los sacramentos de la iniciación cristiana, considera adulta a la persona que ha llegado al uso de la razón, es decir, al niño de 7 años.) Pero también se habla del catecumenado post-bautismal, para las personas que recibieron el bautismo de niños pero deben hacer un itinerario de crecimiento y maduración en la fe. De hecho, es este conjunto numeroso de personas el que con frecuencia se considera el referente primario de la nueva evangelización.

Un asunto que recibe particular atención y sobre el que se proponen algunas directrices para la acción pastoral se refiere a la posición del sacramento de la confirmación (cf. *Lineamenta*, 18). La iniciación cristiana tiende de por sí a la plenitud eucarística, y la vida cristiana auténtica se desarrolla a través de una espiritualidad eucarística de unión con Cristo en su Cuerpo que es a la vez la Eucaristía y la Iglesia.

Hacer de la confirmación el último sacramento de la iniciación hace de Pentecostés la meta de la vida cristiana y subraya más bien una espiritualidad pentecostal. Se ofusca el hecho de que el iniciado adquirió la plenitud de la participación en la Iglesia y en Cristo al comenzar la participación plena en la eucaristía y que la meta de la vida cristiana es la plenitud del Reino, que se anticipa en la eucaristía. El tema, al parecer, será objeto de debate en la próxima asamblea del Sínodo y no es de extrañar que haya una llamada a la revisión de la práctica que se difundió en la segunda mitad del siglo XX en torno a la edad y el momento para recibir el sacramento de la confirmación.

El *Documento de Aparecida* (278) enumera muy claramente los diversos aspectos del proceso de crecimiento y formación en la fe. Menciona en primer lugar la experiencia fontal del encuentro con Jesucristo que es la experiencia que sostiene todo el proceso formativo. El encuentro con Jesucristo conduce a la conversión, entendida como la nueva manera de comprenderse a sí mismo a la luz de la experiencia del amor de Dios, que lleva a rupturas con conductas y formas de vida incompatibles con esa nueva manera de plantearse la vida. El discipulado es el proceso de maduración y consolidación a través de la catequesis permanente y la vida sacramental; es el crecimiento en la espiritualidad del seguidor de Cristo. Este discipulado sólo es posible en comunión eclesial. No puede haber vida cristiana sino en comunidad: en las familias, en las parroquias, en las comunidades de vida consagrada y todas las otras formas de vida fraterna que existen en la Iglesia. Finalmente la vocación al discipulado desemboca en la vocación a la misión, a ser testigo y compartir con otros la alegría de ser discípulo, de ser enviado, para anunciar a ese Jesús que salió a nuestro encuentro.

El *Documento de Aparecida* (304) destaca las parroquias como “los lugares privilegiados en los que la mayoría de los fieles tienen una experiencia concreta de Cristo y de su Iglesia. Encierran una inagotable riqueza comunitaria, porque en ellas se encuentra una inmensa variedad de situaciones, de edades, de tareas”. Para que las parroquias sean centros de irradiación misionera deben ser también lugares de formación permanente. “Esto requiere que se organicen en ellas variadas instancias formativas que aseguren el acompañamiento y la maduración de todos los agentes pastorales y de los laicos insertos en el mundo” (DA 306).

## **9. Nueva evangelización y pastoral educativa**

La iniciación cristiana y la educación en la fe son procesos que tienen como sujeto a la persona en su totalidad e integridad. Por eso desde tiempos muy antiguos la Iglesia asumió la pastoral educativa como forma necesaria de la evangelización. La educación en la fe no mira solamente a la formación religiosa de la persona, pues la fe no se entiende como un elemento particular o parcial del conocimiento, sino que implica a toda la persona en todas las dimensiones de su vida. A la inversa, en la concepción católica, la educación de la persona no está completa si se detiene solo en la transmisión de la cultura; la educación integral abarca también la formación moral y sobre todo la formación en la fe cristiana, pues Cristo es la referencia que da sentido y consistencia a la existencia humana y en él la cultura y la moral encuentran el fundamento y sentido



pleno. Por lo tanto, es obvio que el empeño por la nueva evangelización fije su atención en la tarea educativa de la Iglesia y busque su renovación integral. La pastoral educativa es parte integral de la vocación agustino recoleta, por lo que también este aspecto de la nueva evangelización nos atañe de modo particular.

“La necesidad de hablar de Dios conlleva, como consecuencia, la posibilidad y la necesidad de un análogo discurso sobre el hombre. La evangelización, de suyo, lo exige directamente. Existe un vínculo fuerte entre la iniciación a la fe y la educación. Resulta natural que la evangelización y la iniciación a la fe estén acompañadas por una acción educativa desarrollada por la Iglesia como servicio al mundo” (*Lineamenta*, 20).

El compromiso de la Iglesia, sobre todo a través de los institutos de vida consagrada, en la tarea educativa ha sido cuestionado desde muy diversas instancias incluso dentro de la misma Iglesia. La crítica señala a veces que la tarea educativa se ha limitado a la transmisión de la cultura marginando los aspectos de la educación moral y la educación de la fe; o que la oferta educativa que se hace en nombre de la Iglesia es accesible sólo a quien pueda financiar su costo; o se ha perdido de vista el potencial evangelizador de la escuela y se considera la parroquia como único centro válido de evangelización. La nueva evangelización es un llamado a revisar estas posturas. La síntesis fe y cultura que realizó la Iglesia al término de la edad antigua e inicios de la edad media fue posible gracias a los procesos educativos en los monasterios europeos. La inculturación de la fe en la nueva cultura que se fragua en el mundo pasará necesariamente por la tarea educativa de la Iglesia.

El reto es enorme. “Cada vez es más arduo transmitir a las nuevas generaciones los valores fundamentales de la existencia y de un recto comportamiento. En una sociedad y en una cultura que muy a menudo hacen del relativismo el propio credo, falta la luz de la verdad. Por este motivo, la educación tiende en gran medida a reducirse a la transmisión de determinadas habilidades o capacidades para hacer, mientras se busca apagar el deseo de felicidad de las nuevas generaciones colmándolas con objetos de consumo y con gratificaciones efímeras. De este modo, tanto los padres como los docentes están fácilmente tentados a abdicar de los propios deberes educativos y de no comprender siquiera cuál es la misión a ellos confiada” (*Lineamenta*, 20).

El objetivo de la educación católica es la formación integral de la persona. Por lo tanto, la educación católica está constituida por tres elementos básicos: la educación en la fe y el discipulado de Jesucristo y el conocimiento de la verdad, la formación moral y la educación en la libertad personal para elegir el bien, la transmisión de la cultura y del conocimiento para el cultivo de la persona y de la sociedad. “La fe cristiana sostiene la inteligencia en la comprensión del equilibrio profundo que mantiene firme la estructura de la existencia y de la historia. La fe desarrolla esta operación no en modo genérico o desde el externo, sino compartiendo con la razón la sed de saber, la sed de investigar, orientándola hacia el bien del hombre y del cosmos. La fe cristiana contribuye a la comprensión del contenido profundo de las experiencias fundamentales del hombre. El discernimiento, que constituye la base de la ‘nueva evangelización’, está llamado a ocuparse de este empeño cultural y educativo de la Iglesia.” (*Lineamenta*, 21).

Este empeño exige educadores que sean también testigos de la fe. El educador católico no sólo transmite conocimiento y cultura; también da testimonio de la fe en Cristo. “Cualquier proyecto de ‘nueva evangelización’...no puede prescindir de esta necesidad: disponer de hombres y mujeres que con la propia conducta de vida sostengan el empeño evangelizador que viven. La actual emergencia educativa acrecienta la demanda de educadores que sepan ser testigos creíbles de aquellas realidades y de aquellos valores sobre los cuales es posible fundar tanto la existencia personal de cada ser humano, como los proyectos compartidos de la vida social” (*Lineamenta*, 22). Estas palabras se aplican no sólo a los educadores que trabajan en escuelas y universidades. Estas palabras son válidas para todos aquellos que son ministros de la nueva evangelización: obispos, sacerdotes, catequistas, maestros en todas las instancias desde las que se realiza la tarea evangelizadora de la Iglesia.

## **10. La alegría de ser discípulos misioneros**

La alegría del corazón, que se irradia a través del rostro y del gesto del cuerpo, es la expresión emotiva de la experiencia de que la existencia personal ha encontrado sentido y consistencia en Cristo. La alegría es el deseo más profundo del corazón humano y experimentarla hace que la vida con todas sus penas, adversidades y fallos merezca ser vivida. La búsqueda de la felicidad, del gozo y la alegría encuentra en el discipulado de Jesús el término de su inquietud. Esa alegría es la que lleva a los discípulos de Jesucristo a ser promotores y agentes de la nueva evangelización.

Las personas tienen necesidad de esperanza para poder vivir el presente y afrontar el futuro. Esa esperanza sólo puede depositarse en el Dios que tiene rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo. Por eso la Iglesia es misionera. Las palabras de vida eterna que se nos dan en el encuentro con Jesucristo son para todos. La nueva evangelización despierta de nuevo esa esperanza. Uno de los obstáculos para la nueva evangelización es la ausencia de alegría y esperanza que caracteriza las formas de vida y la cultura en que viven los hombres de hoy. Por eso la nueva evangelización se presenta como el anuncio capaz de dar nuevamente alegría y vida a las personas prisioneras de sus propios miedos (*Lineamenta*, 25).

El magnífico párrafo con que concluye el Capítulo 1 del *Documento de Aparecida* (32) puede servir también de conclusión a esta reflexión: “La alegría que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo, a quien reconocemos como el Hijo de Dios encarnado y redentor, deseamos que llegue a todos los hombres y mujeres heridos por las adversidades; deseamos que la alegría de la buena noticia del Reino de Dios, de Jesucristo vencedor del pecado y de la muerte, llegue a todos cuantos yacen al borde del camino, pidiendo limosna y compasión. La alegría del discípulo es antídoto frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio. La alegría del discípulo no es un sentimiento de bienestar egoísta sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor de Dios. Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo

encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo”.

## **11. Para la reflexión personal y el dialogo comunitario**

- ¿Cómo puede contribuir la misión y la nueva evangelización a la revitalización de la Orden?

- ¿Qué hacemos y que tendríamos que hacer para que nuestras comunidades respondan mejor a la llamada de la Iglesia a la nueva evangelización?

- Misiones, pastoral parroquial y pastoral educativa ¿Qué podemos aportar los agustinos recoletos a la nueva evangelización? ¿Cómo podemos hacerlo?